

SELECCIÓN DE CUENTOS DE ORLANDO VÍCTOR PÉREZ CABRERA

AJUSTE DE CUENTAS

Ahora vivo con mi sombra, que me abraza y deja parte de su sangre entre mis huesos. Le disparé el día que pasó sin cuerpo delante de mi cama. Yo dormía el sueño de una pesadilla. Los proyectiles de la vieja escopeta se incrustaron en lo alto de la pared. Casi no pude coger bien la puntería.

Disparé.

Simple-

mente

disparé.

Al introducir la bala en el cargador, dijo con un eco entre lastimero y burlón que no le disparara, si él no era ya más que una sombra sin cuerpo. Mi corazón latía con la fuerza propia de un perro que ha perdido la frontera. Me incorporé para tomar el fusil de al lado de la cama, que estaba como una chimenea en invierno.

La noche anterior le había disparado a un cuerpo sin sombra... Cuando cayó, ya agonizando dijo: “Es como si mataras a tu gemelo”. “¡Qué gemelo ni pin...ga, si no eres más que un vulgar ladrón!” Con mano temblorosa introduje la bala en el dispositivo, y disparé, por primera vez en la vida disparé.

Disparé

asustado,

y la pólvora se incrustó en mi pijama, en mis bigotes, invadió la habitación en penumbras, y un gemido doloroso estremeció todas las fibras de mi ser, haciéndome sentir el hombre más extraño del planeta.

Me acosté ese día con el presentimiento de un desastre, y enseguida quedé profundamente dormido (por lo menos, así lo creí).

Luego me le acerqué y vi en la penumbra un rostro idéntico al mío,

era mi doble,

y un largo escalofrío recorrió mi alma.

—Soy tu doble, soy... tu... do... ble... —repetía una y otra vez desde una voz que de tan profunda parecía ahuecada.

–¿Y a qué has venido aquí?

–A buscarte.

Sentado al lado mío con la cara embadurnada de líquido rojo y pegajoso, dijo:

–Voy a contarte lo que soñé ayer contigo...

–¡Mira que tengo la piel como carne de gallina.

–Valor,

valor. No es más que un breve tránsito...

Tomé el arma del suelo, la volví a cargar, me la llevé al pecho como a una novia que se ama o a una diosa que se adora. Sin tiempo para más, hice un recuento de mi tránsito por la vida. Los últimos años habían sido marcados por la muerte, la soledad, el abandono, por miserias materiales y humanas de todo tipo. De rodillas, traté de acordarme del Padre Nuestro...

EN UN PUNTO COVERGENTE Y LEJANO

El agudo ojo izquierdo le iluminaba la senda derecha del Prado, en busca de la figura presentida. Una y otra vez, se le dibujaba aquel rostro como acercándosele por la estrecha calle.

Días atrás se había abierto una puerta, por la que se asomaba un espectro — clonación de la figura presentida— que comenzó a oscilar en el aire leve. Enmarcada en la puerta había otra por la que se vislumbraba una imagen del espectro. A la vez, esa puerta se abría a otra puerta, y esa a otra y otra más, y así sucesivamente hasta que los ojos se le perdían, siempre con la misma característica: por cada una de ellas se percibía una reduplicación del espectro, ondulando también, hasta lo inconmensurable. Y cada vez que se acercaba a él a fin de palparlo, todo el visionaje estallaba como un globo herido por una punta filosa.

Logró entonces colarse por una puerta lateral que accedía a un estrecho pasillo, a cuyo fondo aparecía el espectro; pero al intentar atraparlo, este se esfumaba como por arte de magia por otra puerta que de pronto se abría.

Poco antes, el espectro le brotó de manera repentina, rodando por las rugosas paredes de una casa envejecida y solitaria; antaño muy alegre, nutrida de vitalidad, en que el padre, en su dormitorio, acostumbraba a levantar un libro sobre la cabeza semihundida en un cómodo almohadón de plumas. “Hay recuerdos que no podrán nunca perderse en el laberinto del olvido”, pensó, como el de aquella tarde:

—Papá, mira, para que me leas este cuento de misterio.

Y su fulminante respuesta:

—A ver, ¿ya está publicado?

—No, soy muy joven todavía... —apenado respondió.

—Entonces no, no te leo nada hasta que no estés en letra de imprenta como la de este libro—y continuó imperturbable leyendo *Los crímenes de la calle Morgue*.

Las Parcas estaban apresuradas en concederle el viaje al padre, y se lo llevaron muy temprano, antes de que estallara el alba del primer libro publicado por el hijo.

La calle se alargaba y estrechaba cada vez más. El ojo derecho captó un punto de convergencia, como el de dos líneas paralelas que semejan cortarse en la lejanía del espacio. Y era el ruido atronador de los autos hasta desaparecer en ese punto, mientras se achicaban vertiginosamente. Era el estrépito de todos los vehículos rodantes y el cruce de la gente por el Prado como trozos de maderos navegando sobre la superficie de un río desbordado. Y el ojo vigilante presto a captar y a revelar la anhelada aparición de la figura presentida.

La madre era accesible y comunicativa. Simpática, dicharachera, a veces colérica, siempre expresiva...; extremadamente delgada, con un mechón de cabello castaño claro anclado en el entrecejo, en ocasiones fruncido.

—Mira, hijo, por mí no lo hagas.

—Pero es que no quiero dejarte solita con ese loco de papá.

Y reiteraba:

—Por mí no lo hagas, yo sé bandearme bien en cualquier circunstancia. Y tú necesitas salir de este ambiente pueblerino para abrirte paso...

Ante los intentos del hijo por disuadirla, era lapidaria la reacción de ella:

—Que no se hable más de esto: no quiero ser para ti un obstáculo.

Eran escaleras oscuras, de peldaños resbaladizos, sumido todo en una oscuridad escalofriante y húmeda. Pero descendía, descendía, descendía... sin importarle los riesgos. De pronto, comenzaron a escucharse voces cuya intelección se hacía sobrecogedora y confusa. Mas, continuaba descendiendo casi a tientas. Hubo un momento en que intentó extraer una linterna del bolsillo trasero, pero el mango de esta había adquirido una constitución gelatinosa, lo cual lo obligó a soltar aquel objeto que se le hacía repelente y que se encendió a medida que descendía por el vacío voraginoso, mientras se le desprendía algo así como el quejido propio de una criatura viviente. Y un susurro al oído: “No lo busques más fuera de ti, fue...ra de ti..., fue...ra de ti...”

De nuevo, la conciencia de estar en el Prado, y los autos absorbidos por el punto convergente, y la gente que cruzaba como troncones. Trataba de despertar el móvil y los dedos le corrían torpes sobre el display, convertidos en grumosa gelatina. Desde ese mismo cel apagado comenzó a brotar una bronca voz: “Cerca estoy, no temas. Todas las angustias se terminarán muy pronto. ¡Muy cerca de ti estoy!”

Y la calle convertida en una lámina movediza. La gente que transitaba por el Prado se precipitaba, una tras otra, sin percatarse del peligro, por una zanja abierta de repente.

Se levantó del banco como impulsado por una fuerza descomunal. A empujones lo fueron llevando hasta el borde de la grieta, y dentro de ella se precipitó. Era un abismo insondable, de cuyo fondo emergía una grito infernal. En todo el cuerpo comenzó a palpar el efecto de la caída, el sentirse presa de un etéreo vacío aglutinante y el ansia de que le nacieran alas. Comenzó a flotar de pronto, y a medida que aprendía el arte del vuelo, se iba produciendo el ascenso hacia el boquete de entrada.

La llegada de la figura presentida ocurrió de manera subrepticia, esta vez mutada en ser humano: “Vuelve a la luz y sal de una vez y por todas de este sueño”. No había dudas: era su rostro, casi angelical y ceñudo; casi sonriente y serio, con la melena oscura coronándole el bien formado cráneo, y los labios delineados a lo Rubens: pulposos, rojizos, y la piel impecablemente blanca. “Tenía tantos deseos de encontrarte, de abrazarte...” Y cuando intentó hacerlo, la aparición se fue esfumando de entre sus ansiosas manos.

Abrió una puerta de fondo, y por fin logró salir de aquel sueño...

Ahora, sentado en un banco, obstinadamente devoraba con el agudo ojo derecho la senda izquierda del Prado, en busca de la figura presentida. La calle convergía en un punto lejano, donde se hundían veloces los autos...

TÚ

No sé por qué tenía el presentimiento de que de un momento a otro se aparecería por aquí. Ayer mismo, sentado en este mismo lugar, sentí unos pasos como de alguien que se acercaba ligero y sigiloso, y al volver la vista atrás, tuve el augurio de una sombra que se esfumaba. Fue inútil preguntar eres tú, si ya no había la menor duda, a pesar de no haber ninguna manifestación corpórea a mi alrededor. Sin embargo, algo había en el ambiente, como si el aliento de tu respiración se hubiera impregnado en mis ropas y la vida ya no fuera vida o de pronto me viera trasladado a otra habitación sin dejar de ser la misma y del techo colgaran tantos recuerdos. “Los de la infancia seguramente”, oigo que dices, y nos veíamos tú y yo cavando un túnel y el señor que pasaba por allí preguntando que qué edad teníamos; sería acaso algún profeta o adivino. “Yo cuatro, señor, y él dos, pero siga su camino y déjenos jugar”. Mirándome fijo a los ojos, dijo una frase que en aquel momento no supe interpretar: “Cuando seas ya mayor, comprenderás quién soy yo. Y sigan cavando, que tal vez algún día encontrarán el fin”.

Tengo el presentimiento de que estás en ese túnel. Ayer mismo te dije sal de ahí, de la sombra en que te encuentras, y un silencio cómplice se extendió por todos los objetos: los viejos taburetes, la colcha raída, los libros aún no leídos, el radio que minuto a minuto repetía la misma hora...

Anteayer sentí cómo movían lentamente la puerta del cuarto, la que da al pasillo lateral; de pronto, tuve la sensación de estar siendo vigilado desde afuera. Apaga la luz, escuché cómo me ordenabas, y la apagué, más por miedo que por precaución; cerré los ojos y me deslicé debajo de la colcha, hasta quedar tan rígido como una momia egipcia dentro de su sarcófago. Sentí que me halabas: para que veas mi rostro, ¿no me recuerdas todavía? Soy tu hermano, pero soy tú mismo si no lo sabes. Mi hermano está muerto y yo estoy aquí, vivo todavía, te respondí tartamudeando. Me pellizqué como en los viejos cuentos, en el afán de desechar cualquier sospecha de alucinación o viaje onírico. Hoy los muertos están vivos y los vivos están muertos, era nítida tu voz. En el acto me levanté, como poseído por una fuerza mayor que dispó en mí todo vestigio de miedo, y abrí la puerta sobrecogido. Entonces vi cómo un par de ojos vigilantes, con brillo de cocuyos, se metían dentro de la noche interminable, para volar a una infinitud que había perdido las coordenadas del espacio y el tiempo.

Me desperté sobresaltado. Entonces apagué la luz antes de que los ojos se me cayeran sobre el libro.

TÍA CRISTINA

No sé cómo ni cuándo me veo dentro. Los cuadros, en el mismo lugar. Una foto de Javier Solís encima de la cama; a su lado, una imagen de don Quijote y Sancho, que un día arranqué de una viejísima edición de la novela. Y el radio, sobre la mesita de noche, a un costado de la cabecera. Me acuesto en la cama (como siempre impecablemente tendida) más que a pensar, a disfrutar de la añoranza de tantos años de ausencia. Y me pongo a hojear el libro de mis sueños, de mis esperanzas.

Sin saber cómo, las paredes empiezan a moverse, y la casa, hasta ese momento bañada de luz matinal, se oscurece, y me llegan unas voces, como en un eco, desde la cocina. Era su voz: no había dudas.

Me levanto sorprendido. Bajo los dos escalones que me conducen a la cocina; observo, no veo nada: como una casa-fantasma, totalmente deshabitada. Sin embargo, su hálito está impregnado hasta en las paredes.

—¿Estás ahí? —con temblorosa voz le pregunto.

—¡Sí! —me contesta.

Transcurren unos interminables minutos y, con un cuerpo muy delgado y un rostro demasiado desencajado, alguien que dice ser mi tío, se me presenta. Con un gesto de la mano derecha me invita a sentarnos en unos sillones que aparecen de pronto en el espacio comprendido entre los pies de la cama y la pared que quedaba frente a mí.

Ya sentados, el uno frente al otro, le digo:

—Esta casa no es tal como la vemos ahora, idéntica a cuando nosotros vivíamos en ella.

—¿Y qué le ha pasado? —inquieto y curioso me pregunta el tío.

—Después que ustedes se marcharon la transformaron mucho los nuevos inquilinos —le respondí—; pero casi todo ha cambiado.

—Ah, no lo sabíamos —me responde ella desde la cocina. Por más que la busco con la mirada, no logro verla. Después de un corto y acezante silencio, le digo al tío:

—Salgamos a verla desde afuera, de frente al portal.

—No le hallo sentido a lo que me dices. Siempre fuiste un muchacho inteligente, pero bastante caprichoso; así que, como gustes —me responde un tanto enfadado. Nos levantamos y salimos.

Ya frente a la casa, le digo:

—Como ves, es toda de mampostería y techo de placa. Incluso, ya es de una sola pieza, pues esta se unió a la de la vecina.

—Sí, Consuelo, la que le inyectó el fatal tétanos a tu tía. Tú sabes eso, ¿no? Tú viniste a vivir para esta casa desde que eras un niño.

—Yo era muy joven cuando aquello y estaba becado.

El tío volvió a la anterior conversación:

—Pero fíjate, yo no veo las transformaciones esas de que tú me hablas —me dijo con firmeza.

De inmediato, ocurre una simbiosis entre la vieja casa y la actual, cosa esta que me deja atónito y confundido.

El tío se me despega y camina apresurado hacia la casa; entra, cierra la puerta. Al hacer un rápido recorrido visual, me percaté de la presencia de un individuo de mirada soez y rostro subnormal, asomado al postigo de la enorme puerta de entrada que mi tío acababa de cerrar. El individuo me mira fijamente, y me invita a acercarme. Dominado por una fuerza mayor, me dirijo hacia él, cuando, de manera inesperada, cierra el postigo estrepitosamente. Casi en mis narices, este se abre, desprovisto ya del repelente rostro del individuo, que, no obstante, se me parecía mucho a él.

Aunque dominado por el pánico, esa fuerza mayor me impulsa a mirar hacia adentro. Quedé estupefacto: un niño se arrastraba por el piso de la penumbrosa sala en dirección al cuerpo de una señora, tendida, cuan larga era, en medio de aquel piso carcomido. Cuando llega a ella, la abraza y, sacudiéndole el rostro desmadejado, empieza a gritar: “¡Despierta, Cristi, coño... despierta! No te vuelvas morir, no...!”

Desconsolado, el niño mira hacia mí: descubro entonces que era yo.

EL CUCARACHÓN

El cuello y las mejillas me ardían fuertemente y mis manos no atinaban a rascarse... La conocí en la escuela nacional de arte: alta, delgada, medio desgarbada. Quería ser siempre el centro atención y atracción del grupo con su aparatosa extroversión. Sus chistes pesados, muchas veces subidos de tono hasta el límite del mal gusto; su estrepitosa risa y el brusco, nervioso y descontrolado movimiento arrítmico de su cuerpo hicieron que casi todo el mundo en el grupo empezara a rechazarla, al punto de que cuando la veían llegar, los muchachos prontamente se dispersaban. Un día me la encontré sola, como vagando por los jardines exteriores de la escuela. Allá, al fondo, un paisaje de Flora Fong. A un costado, Portocarrero, con la profusión de casitas abigarradas y luminosas. Casi metido en nuestros cuerpos, una réplica mal concebida de y casi ridícula de Guernica, compitiendo la superficie de la pared con un Dalí de relojes reblandecidos persistiendo en la memoria. Allá, más lejos, Munch lanzaba su grito desde un puente medio destartado. Lo demás, pentagramas atiborrados de notas musicales, entre maracas, guitarras y bongoes entre mulatas de traseros despampanantes, breves cinturas y tetas copiosas. Y todo aquel mosaico del patio interior, sobrevivía a pesar de los estragos que le producían las inclemencias del tiempo devastador.

Ella vagaba, y yo, con esa timidez aldeana y provinciana en mis ademanes y en mi conciencia, la miraba de reojo, fingiendo escribir algo en una libreta de notas, abiertas sobre una de las destartadas mesas, dispersas aquí y allá... Me sigue quemando esa mordedura, y yo, metido en esos Campos Elíseos. El dolor por momentos se hace insoportable y mis manos, rígidas, y los nervios llevados hasta el paroxismo... Aceptó mi invitación y una noche lluviosa nos alcanzó en una de las mesas exteriores del Coppelia. Traté de hacer un chiste en torno a un pasaje de "Fresa y chocolate". Fingí la voz (modestia aparte, soy muy bueno en la imitación): "¡Oh, esta es mi noche de suerte! Una muchacha en mi helado". Rio o fingió reír. Sus finísimos labios se abrieron en aquel rostro pálido y alargado, para dejar asomarse una hilera de dientes bien parejos y esmaltados.

—Sabes, tienes una sonrisa de colgate.

No entendió el chiste o no le agradó. "De colgate, la pasta dental..." pensé, pero no lo pronuncié. De modo que puso la cara más seria que la de los soldados ejecutores de solemnes ceremonias frente a monumentos o sarcófagos. Hubo entonces un silencio cómplice y misterioso, roto finalmente por su agradable voz:

—Linda no soy, no clasifico en ningún certamen de belleza.

Un fragmento de un viejo bolero vino en mi ayuda, como Virgilio a Dante en la antesala del infierno.

—Tú sabes que la belleza eterna está en el alma —le dije con melosa voz de declamador de cervecera o de dancings.

—Déjate de cumplidos. Sé que soy fea y más pesada que un funeral a medianoche.

...Este maldito bicho no deja de morderme. Traté en vano de quitármelo. Todavía metido en un sueño que de pronto se convierte en pesadilla. Eran varias columnas del ejército hitleriano tomando por asalto la ciudad. Y desde un megáfono,

una voz ronca repetía una y otra vez hasta el cansancio: “¡Atención, buscamos a quien sabe! Entrégate, porque no tienes escapatoria.

...Caía la noche sobre la ciudad. Al levantarse, me mostró toda la geografía de su cuerpo: alta y delgada, las extremidades bien largas.

—Podemos dar un paseo. Tal vez ir a un club nocturno.

—Es ya bastante tarde. No vayamos con tanto apuro —me contestó, la mirada fija en mis ojos.

Nos hicimos adicto el uno del otro, Nos hartamos de cine, helados y paseos por el malecón. De manera esporádica, pude invitarla y aceptó ir a una discoteca... Se hace insoportable el dolor de sus garfios, las manos apenas me responden, el insecto parece enorme, recorriéndome el rostro y el cuello en busca del área más apropiada para sus mordidas... Las tropas nazis se esfumaron como de un flashazo, hasta que me metí en el cuerpo de Gregorio Samsa... El dolor es cada vez más agudo, y la mano no me alcanza para atrapar el horrendo animal y estrellarlo contra el suelo.

DATOS DEL AUTOR

Orlando Víctor Pérez Cabrera (Cumanayagua, Cuba, 1950). Licenciado en Lengua y Literatura Española e Inglesa. Máster en Educación. Profesor y editor. Escritor e investigador con varios libros publicados. Textos suyos aparecen en diferentes publicaciones nacionales y extranjeras. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).